

vuestras obras. Los apóstoles se quejan de no tener tiempo bastante para orar y crean diáconos que los alivien en el ministerio exterior. Durante su vida pública Jesucristo se oculta a los ojos de la muchedumbre, se retira, se esconde para orar y contemplar; ¿cómo, pues, queremos nosotros llevar una vida puramente exterior? ¿Por ventura tenemos un fondo de gracias más rico, de fuerzas más sólidas para el bien que los apóstoles? ¿No es para nosotros el ejemplo de nuestro Señor? Toda piedad que no se nutre de oración, que no se recoge en su centro, que es Jesucristo, para reparar sus pérdidas y renovar la vida, flaquea y acaba por morir.

En vano andan los predicadores solícitos por predicar; su palabra será estéril en tanto no se alimente con la oración. He de decirlo: a la ausencia de esta vida de oración se debe este proverbio, repetido por los que van a un sermón: Vamos a recoger flores. No son flores lo que debéis llevar de nuestras predicaciones, sino frutos de virtud y de buenos deseos. Mas los frutos no se maduran sino en la oración, ni se recogen fuera de ella. Por eso, orad mucho por los ministros de la palabra de Dios, pero no pidáis para ellos más que una cosa: que sean varones de oración. Un alma que ora salva al mundo, unida como está a Jesucristo orando en el fondo del tabernáculo.

Todas las virtudes proceden de Dios, y de la Eucaristía sobre todo se complace Jesucristo en hacerlas bajar sobre nuestras almas como torrentes de gracia mediante los ejemplos que en ella nos da. Pero estos ejemplos debemos nosotros verlos, ser atentos a ellos, estudiarlos, asimilárnoslos. ¿Dónde podremos aficionarnos más a la humildad que a los pies de la sagrada Hostia? ¿Dónde encontrar más hermosos ejemplos de silencio, de paciencia y de mansedumbre?

Exteriormente, Jesucristo no practica en el santísimo Sacramento aquellas grandes virtudes de su vida mortal; su sabiduría no proclama ya sus divinas sentencias; de su poderío y de su gloria ya nada aparece; su vida eucarística consiste en ser Jesús pobre, pequeñuelo, sencillo. Pobreza mansedumbre, paciencia, he ahí lo que muestra; ¡y qué atención más delicada por su parte! Las grandes ocasiones de practicar virtudes heroicas son raras en la vida y nos falta valor para sacar provecho de las mismas. ¿Habremos, pues, de desesperar y abandonaremos la vida de piedad so pretexto de que nada podemos hacer por Dios? En la vida eucarística, en que nos enseña que la santidad se ejercita so-

bre todo en las pequeñas ocasiones, ha puesto Jesús el remedio contra esta tentación. Su anonadamiento, así como la ausencia de la vida exterior, nos enseñan que lo que hay de más perfecto es la vida interior, compuesta por entero de actos de corazón, de ímpetus de amor y de unión a sus intenciones. ¡Oh! Dios ama con predilección a los humildes, a los pequeñuelos que viven a sus pies bajo la celestial influencia de su corazón. Por lo demás, la vida de oración no excluye el celo por la salvación de las almas. El alma interior sabe trabajar sin dejar de estar recogida y sin que el recogimiento sea obstáculo para obrar exteriormente, así como Jesús se hace sentir sin que nuestros ojos le vean. El pecador que ora siente la dulzura de su Corazón: establécese entre Jesús y el alma una corriente que nadie ve, un diálogo que nadie oye; nadie distingue este obrar de Jesús en el fondo del corazón, pero ¡cuán real es, sin embargo! ¡Oh! Hagamos que nuestro amor y nuestro celo sean semejantes a los de Jesús, es decir, que sean del todo ocultos e interiores.

No deis por perdidos los momentos que pasáis al pie del altar, que, estando el grano sepultado en el surco, se declara su fecundidad; el trato eucarístico, he ahí la semilla de las virtudes. No faltan en nuestros días almas consagradas a toda suerte de obras de celo; se las ensalza mucho, a veces demasiado; pedid para que el fondo del corazón guarde proporción con el celo exterior; pedid que esas almas se nutran con la oración.

¡Ea!, que vuestras virtudes se vuelvan atrayentes y amables para el prójimo; revestíos para eso de la mansedumbre de Jesucristo, pues nada hay tan amable como la sencillez y el carecer de toda pretensión; todos bendicen la virtud que se oculta y no mete ruido; la paciencia que mana del corazón sin asomo de violencia, la caridad muy sencilla y como del todo natural; he ahí los frutos de la vida oculta, alimentada con la recepción de Jesucristo y con la contemplación de los ejemplos de la vida eucarística.

EL DON DE LA PERSONALIDAD

Qui manducat me et ipse vivet propter me.

"Quien me come vivirá por mí".

(JOANN., VI, 58).

I

POR medio de la Comunión viene Jesús a tomar posesión de nosotros, trocándonos en cosa suya; para conformarnos con sus designios debemos despojarnos en sus manos de todo derecho y propiedad sobre nosotros mismos; dejarle la dirección y la iniciativa sobre nuestros actos: no hacer nada por nosotros y para nosotros, sino todo por El y para El.

Así se realiza la nueva encarnación del Verbo en nosotros y continúa para gloria de su Padre lo que hizo en la naturaleza humana de Jesús. Ahora bien: en el misterio de la encarnación la humanidad de Jesús fué privada de aquel último elemento que hace a una naturaleza dueña de sí misma e incommunicable a otro ser. No recibió la susistencia o la personalidad que le era connatural, sino que la persona del Verbo reemplazó la personalidad que la naturaleza humana hubiera naturalmente debido recibir. Y como en un ser perfecto es la persona la que obra por medio de la naturaleza y de sus facultades, como ella es lo más noble y lo que nos hace seres completos y perfectos, a ella se refieren los actos naturales, de los cuales es primer principio y a los que confiere el valor que tienen. Mando a las facultades de mi alma; mis miembros me obedecen; soy yo, hombre completo, quien obro y hago obrar, y de todos los movimientos, así como de todos los actos, yo soy el responsable; mis potencias me sirven ciegamente; el principio que les hace obrar es el único responsable de lo que hacen, pues trabajan sólo por él y para él y no para sí mismas.

Síguese de ahí que en nuestro Señor, en quien había dos naturalezas y una sola persona, la del Verbo, ambas naturalezas obraban por el Verbo y el menor acto humano de nuestro Señor era al mismo tiempo divino, una acción del Verbo, puesto que sólo El podía haberla inspirado y sólo El le daba su valor, valor infinito por lo mismo que procedía de una persona divina. De ahí también que la naturaleza humana no

fuese principio de nada, ni tuviese interés alguno propio, ni obrase para sí, sino que en todo se condujese como sierva del Verbo, único motor de todos sus actos. El Verbo quería divinamente y quería también humanamente; obraba por cada una de sus naturalezas.

Así debe ocurrir también con nosotros, o cuando menos debemos, poniendo en juego todos nuestros esfuerzos, aproximarnos a este divino ideal, en que el hombre no obra más que como instrumento pasivo, conducido, guiado por un divino motor, el espíritu de Jesucristo, con el único fin proponible en un Dios que obra, que no puede ser otro que El mismo, su propia gloria. Debemos, por consiguiente, estar muertos a todo deseo propio, a todo propio interés. No miremos a otra cosa que a lo que mira Jesús, quien no mora en nosotros más que para seguir viviendo todavía, por la mayor gloria de su Padre. Se da en la sagrada Comunión sólo para alimentar y estrechar esta unión inefable.

Cuando el Verbo dice en el evangelio (1): *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem et qui manducat me, et ipse vivet propter me*, es igual que si dijera: Así como, al enviarme al mundo por la encarnación para ser la personalidad divina de una naturaleza que no había de tener otra, el Padre me cortó toda raíz de estima propia para que no viviese más que para El, así también yo me uno a vosotros por la Comunión para vivir en vosotros y para que vosotros no viváis más que para mí; moraré vivo en vosotros y llenaré vuestra alma de mis deseos; consumiré y aniquilaré todo interés propio; yo desearé, yo querré, yo me pondré en vuestro lugar; vuestras facultades serán las mías, yo viviré y obraré por medio de vuestro corazón, de vuestra inteligencia y de vuestros sentidos; yo seré vuestra personalidad divina, por la que vuestras acciones participarán de una dignidad sobrehumana, merecerán una recompensa divina, serán actos dignos de Dios, merecedores de la bienaventuranza, de la visión intuitiva de Dios. Seréis por gracia lo que yo soy por naturaleza, hijos de Dios, herederos en toda justicia de su reino, de sus riquezas y de su gloria.

Cuando nuestro Señor vive en nosotros por su Espíritu somos sus miembros, somos *El*. El Padre celestial tiene por agradables nuestras acciones, viéndolas, ve las de su divino Hijo y en ellas encuentra sus complacencias; el Padre, inseparablemente unido al Hijo, vive y reina también en nos-

(1) Joann., VI, 58.

otros, y esta vida y reino divinos paralizan y destruyen el reino de satanás. Entonces es cuando las criaturas rinden a Dios el fruto de honor y de gloria a que tiene derecho por su parte.

Así que la gloria del Padre en sus miembros es el primer motivo por el que nuestro Señor desea que le estemos sobrenaturalmente unidos por la vida de la caridad perfecta; por eso nos llama San Pablo tan a menudo: *Membra Christi*, miembros, cuerpo de Jesucristo; por eso repite también muchas veces nuestro Señor en la cena estas palabras: "Morad en mí." Trátase del don de sí mismo, puesto que ya no reside uno en sí, puesto que trabaja por aquel en quien moramos, quedándonos por completo a su disposición.

II

También desea nuestro Señor esta unión por amor hacia nosotros, con el fin de ennoblecernos por medio de sí mismo, de comunicarnos un día su gloria celestial con todo lo que la compone: poder, belleza, felicidad cumplida. Y como nuestro Señor sólo puede comunicarnos su gloria por ser miembros suyos y porque sus miembros son santos, quiere unirnos consigo y hacer que compartamos así su gloria.

Aun acá abajo nuestras acciones se truecan en acciones de nuestro Señor, y de El toman más o menos valor, según sea el grado en que estén unidas a las suyas. Esta unión guarda relación con las costumbres, las virtudes y el espíritu de Jesús, que habita en nosotros. De aquí estas hermosas palabras: "*Christianus alter Christus; vivit vero in me Christus* (1); *non ego solus sed gratia Dei mecum* (2); El cristiano es otro Cristo; Jesús vive en mí; no soy yo solo quien obro, sino también la gracia de Dios conmigo."

Esta unión es el fruto del amor de Jesucristo; es el fin de toda la economía divina, así en el orden sobrenatural como en el natural; cuanto ha establecido la Providencia, tiende a realizar, a consumir la unión del cristiano con Jesucristo y a perfeccionar esta unión, pues que en ella consiste toda la gloria de Dios en la criatura y toda la santificación de las almas; en suma, todo el fruto de la redención.

(1) Gal., II, 20.

(2) I Cor., XV, 10.

III

La unión de Jesucristo con nosotros será en razón de nuestra unión con El: "Morad en mí, así como yo en vosotros; también yo moro en aquel que mora en mí" (1). Puedo, pues, estar seguro de que Jesús morará en mí si yo quiero morar en El. Del propio modo que el viento se precipita en el vacío y el agua en el abismo, llena el espíritu de Jesús en un momento el vacío que hace el alma en sí misma.

Esta unión con nuestro Señor es lo que confiere al hombre su dignidad. Ciertamente que no llego a ser una porción de la divinidad ni nada que merezca adoración; pero sí algo sagrado; mi naturaleza sigue siendo una nada ante Dios, y de sí misma podría volver a caer en el abismo; pero Dios la eleva hasta unírsele por la gracia, por su presencia en mí. Esta unión me hace pariente de nuestro Señor: parentesco tanto más estrecho cuanto más lo sea mi unión, cuanto mayor sea mi pureza y santidad, porque el parentesco con nuestro Señor no es otra cosa que la participación de su santidad, conforme a esta afirmación: "El que practica mi palabra, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre" (2).

De esta unión nace el poder del hombre: *Sicut palmes non potest ferre fructum a semetipso nisi manserit in vite, sic nec vos nisi in me manseritis*. Sin mí nada podéis hacer. Esto sí que es cosa clara, *nihil*, nada. Así como la fecundidad de la rama procede de su unión al tronco y a la savia, así también la fecundidad espiritual proviene de nuestra unión con Jesucristo, de la unión de nuestros pensamientos con los suyos, de nuestras palabras con sus palabras, de nuestras acciones con sus acciones. De la sangre del corazón mana la vida de los miembros, y la sangre a su vez es producto del alimento; pues nuestro alimento es Jesús, pan de vida, y sólo el que lo come tiene en sí la vida. Es el principio de nuestro poder de santidad: la unión con nuestro Señor. La nulidad, el vacío y la inutilidad de las obras obedecen a la ausencia de esta unión; imposible que la rama seca, que no guarda comunicación con la vida del árbol, puede producir fruto.

Gracias a esta unión son también meritorias nuestras obras. Es un mérito de sociedad. Nuestro Señor se apodera de

(1) Joann., XV, 4, 5.

(2) Matth., XII, 50.

nuestra acción, la hace suya y merecedora de un premio infinito, de una eterna recompensa; y esta acción que, como nuestra, casi nada valía, revestida de los merecimientos de Jesucristo, se hace digna de Dios; y cuanto mayor sea nuestra unión con Jesús, mayor será también la gloria de nuestras santas obras.

¡Oh! ¿Por qué será que descuidamos tanto esta divina unión? ¡Cuánto méritos perdidos, cuántas acciones estériles por no haberlas hecho en unión con Jesucristo; cuántas gracias sin fruto! ¿Cómo es posible haber ganado tan poco con tantos medios y en negocio tan fácil?

Estemos, pues, unidos con nuestro Señor Jesucristo, seamos dóciles a su dirección y sumisos a su voluntad, dejémonos guiar por su pensamiento, obremos conforme a su inspiración y ofrezcámosle todos los actos, del propio modo que la naturaleza humana estuvo en el Verbo sometida, unida y obediente a la persona divina que la gobernaba. Mas para esta imitación es menester estar unido con unión de vida recibida, renovada y mantenida por medio de una comunicación incesante con Jesús; hace falta que, como la rama del árbol es dilatada por el sol, la divina savia nos penetre plenamente. El sol que atrae la savia divina nos dispone a recibirla y la mantiene, es el recogimiento, la oración; es el donde sí mismo de todos los momentos; es el amor que sin cesar anhela por Jesús, lanzándose hacia El en todo instante: *Veni, domine Jesu*. Esta savia no es más que la sangre de Jesús, que nos comunica su vida, su fuerza y su fecundidad divina. La vida de Comunión puede, por tanto, reducirse a estos dos términos: comulgar sacramentalmente y vivir de recogimiento.

LA VIDA DE UNION CON EL ESPIRITU SANTO

Si Spiritu vivimus, Spiritu et ambulemus.

“Si el Espíritu es el principio de nuestra vida, que lo sea también de nuestra conducta).

(GAL., v, 25).

I

EL Espíritu santo, el Espíritu de Jesús, ese Espíritu que vino El a traer al mundo, es el principio de nuestra santidad. La vida interior no es sino unión con el Espíritu santo, obediencia a sus mociones. Estudiemos las operaciones que realiza El en nosotros.

Notad, ante todo, que es el Espíritu santo quien nos comunica a cada uno en particular los frutos de la encarnación y de la redención. El Padre nos ha dado su Hijo; el Verbo se nos da en la encarnación y en la cruz nos rescata: éstos son los efectos generales de su amor. ¿Quién es el que nos hace participar de estos efectos divinos? Pues el Espíritu santo. El forma en nosotros a Jesucristo y le completa. Por lo que ahora, después de la Ascensión, es el tiempo propio de la misión del Espíritu santo. Esta verdad nos es indicada por el Salvador cuando nos dice: “Os conviene que yo me vaya, porque si no el Espíritu santo no vendrá a vosotros” (1). Jesús nos adquirió las gracias; reunió el tesoro y depositó en la Iglesia el germen de la santidad. Pues el oficio propio del Espíritu santo es cultivar este germen, conducirlo a su pleno desenvolvimiento, acabando y perfeccionando la obra del Salvador. Por eso decía nuestro Señor: “Os enviaré mi Espíritu, el cual os enseñará todo y os explicará cuantas cosas os tengo dichas; si El no viniera, quedaríais flacos e ignorantes.” Al principio el Espíritu flotaba sobre las aguas para fecundarlas. Es lo que hace con las gracias que Jesucristo nos ha dejado; las fecunda al aplicárnoslas, porque habita y trabaja en nosotros. El alma justa es templo y morada del Espíritu santo, quien habita en ella, no ya tan sólo por la gracia, sino personalmente; y cuanto más pura de obstáculos

(1) Joann., XVI, 7.

los está el alma y mayor lugar deja al Espíritu santo, tanto más poderosa es en ella esta adorable Persona.

No puede habitar donde hay pecado, porque con él estamos muertos; nuestros miembros están paralizados y no pueden cooperar a su acción, siendo así que esta cooperación es siempre necesaria. Tampoco puede obrar con una voluntad perezosa o con afectos desordenados, porque si bien en ese caso habita en nosotros, se halla imposibilitado de obrar. El Espíritu santo es una llama que siempre va subiendo y quiere hacernos subir consigo. Nosotros queremos pararlo, y se extingue; o más bien acaba por desaparecer del alma así paralizada y pegada a la tierra, pues no tarda ella en caer en pecado mortal. La pureza resulta necesaria para que el Espíritu santo habite en nosotros. No sufre que haya en el corazón que posee ninguna paja, sino que la quema al punto, dice san Bernardo. *Qui nec minimam paleam intra cordis quod possidet habitaculum patitur residere, sed statim igne subtilissimae circumspectionis exurit.*

Hemos dicho que el oficio del Espíritu santo consiste en formar en nosotros a Jesucristo. Bien es verdad que tiene el oficio general de dirigir y guardar la infalibilidad de la Iglesia; pero su misión especial respecto de las almas es formar en ellas a Jesucristo. Esta nueva creación, esta transformación hácela por medio de tres operaciones que requieren en absoluto nuestro asiduo concurso.

II

Primeramente nos inspira pensamientos y sentimientos conformes con los de Jesucristo. Está en nosotros personalmente, mueve nuestros afectos, remueve nuestra alma, hace que nuestro Señor acuda a nuestro pensamiento. Es de fe que no podemos tener un solo pensamiento sobrenatural sin el Espíritu santo. Pensamientos naturalmente buenos, razonables, honestos, sí los podemos tener sin El; pero ¿qué es eso? El pensamiento que el Espíritu santo pone en nosotros es al principio débil y pequeño, crece y se desarrolla con los actos y el sacrificio. ¿Qué hacer cuando se presentan estos pensamientos sobrenaturales? Pues consentir en ellos sin titubeos. Debemos también estar atentos a la gracia, recogidos en nuestro interior para ver si el Espíritu santo no nos inspira pensamientos divinos.

Hay que oírle y vivir recogidos en sus operaciones. Pu-

diera objetarse que si todos nuestros pensamientos provinieran del Espíritu santo seríamos infalibles. A lo cual contesto: De nosotros mismos somos mentirosos, o sea expuestos al error. Pero cuando estamos en nuestra gracia y seguimos la luz que nos ofrece el Espíritu santo, entonces sí, ciertamente estamos en la verdad y en la verdad divina. He ahí por qué el alma recogida en Dios se encuentra siempre en lo cierto, pues el que es sobrenaturalmente sabio no da falsos pasos. Lo cual no puede atribuírsele a él, porque no procede de él no se apoya en sus propias luces, sino en las del Espíritu de Dios, que en él está y le alumbra. Claro que si somos materiales y groseros y andamos perdidos en las cosas exteriores, no comprenderemos sus palabras; pero si sabemos escuchar dentro de nosotros mismos la voz del Espíritu santo, entonces las comprenderemos fácilmente. ¿Cómo se distingue el buen manjar del malo? Pues gustándolo. Lo mismo pasa con la gracia, y el alma que quiera juzgar sanamente no tiene más que sentir en sí los efectos de la gracia, que nunca engañan. Entre en la gracia, que así comprenderá su poder, del propio modo que conoce la luz, porque la luz le rodea; son cosas que no se demuestran a quienes no las han experimentado.

Nos humilla quizá el no comprender, porque es una prueba que no sentimos a menudo las operaciones del Espíritu santo, pues el alma interior y pura es constantemente dirigida por el Espíritu santo, quien le revela sus designios directamente por una inspiración interior e inmediata.

Insisto sobre este punto. El mismo Espíritu santo guía al alma interior y pura, siendo su maestro y director. Por cierto que debe siempre obedecer a las leyes de la Iglesia y someterse a las órdenes de su confesor en cuanto concierne a sus prácticas de piedad y ejercicios espirituales; pero en cuanto a la conducta interior e íntima, el mismo Espíritu santo es quien la guía y dirige sus pensamientos y afectos, y nadie, aunque tenga la osadía de intentarlo, podrá poner obstáculos. ¿Quién querría inmiscuirse en el coloquio del divino Espíritu con su amada? Vano intento por lo demás Quien divisa un hermoso árbol no trata de ver si sus raíces son sanas o no, pues bastante a las claras se lo dicen la hermosura del árbol y su vigor. De igual modo, cuando una persona adelanta en el bien, sus raíces, por ocultas que estén, son sanas, y más vivas cuanto más ocultas.

Mas, desgraciadamente, el Espíritu santo solicita con frecuencia nuestro consentimiento a sus inspiraciones y nosotros

¡no queremos darlo! No somos más que máquinas exteriores y tendremos que sufrir la misma confusión que los judíos por causa de Jesucristo: en medio de nosotros está el Espíritu santo y no le conocemos.

III

El Espíritu santo ora en nosotros y por nosotros. La oración es toda la santidad, cuando menos en principio, puesto que es el canal de todas las gracias. Y el Espíritu santo se encuentra en el alma que ora: *Ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus* (1). El ha levantado a nuestra alma a la unión con nuestro Señor. El es también el sacerdote que ofrece a Dios Padre en el ara de nuestro corazón el sacrificio de nuestros pensamientos y de nuestras alabanzas. El presenta a Dios nuestras necesidades, flaquezas, miserias, y esta oración, que es la de Jesús en nosotros unida a la nuestra, la vuelve omnipotente.

Sois verdaderos templos del Espíritu santo, y como quiera que un templo no es más que una casa de oración, debéis orar incesantemente; hacedlo en unión con el divino sacerdote de este templo. Os podrán dar métodos de oración; pero sólo el Espíritu santo os dará la unción y la felicidad propia de la oración. Los directores son como chambelanes que están a la puerta de nuestro corazón; dentro sólo el Espíritu santo habita. Hace falta que El lo penetre del todo y por doquier para hacerlo feliz. Orad, por consiguiente, con El, que El os enseñará toda verdad.

IV

La tercera operación del Espíritu santo es formarnos en las virtudes de Jesucristo, comunicándonos la inteligencia de las mismas. Es una gracia insigne la de comprender las virtudes de Jesús, pues tienen como dos caras. La una repele y escandaliza: es lo que tienen ellas de crucificante. Razón sobrada tiene el mundo, desde el punto de vista natural, para no amarlas. Aun las virtudes más amables, como la humildad y la dulzura, son de suyo muy duras cuando han de practicarse. No es fácil que continuemos siendo mansos cuando nos

(1) Rom., VIII, 26.

insultan y, no teniendo fe, comprendo que las virtudes del cristianismo sean repugnantes para el mundo. Pero ahí está el Espíritu santo para descubrirnos la otra cara de las virtudes de Jesús, cuya gracia, suavidad y unción nos hacen abrir la corteza amarga de las virtudes para dar con la dulzura de la miel y aun con la gloria más pura. Queda uno asombrado ante lo dulce que es la cruz. Y es que en lugar de la humillación y de la cruz no se ve en los sacrificios más que el amor de Dios, su gloria y la nuestra.

A consecuencia del pecado, las virtudes resultan difíciles para nosotros; sentimos aversión a ellas, por cuanto son humillantes y crucificantes. Mas el Espíritu santo nos hace ver que Jesucristo les ha comunicado nobleza y gloria, practicándolas El primero. Y así nos dice: “¿No queréis humillaros? Bueno, sea así; ¿pero no habéis de asemejaros a Jesucristo? Parecerle es, no ya bajar, sino subir, ennoblecerse.” Por manera que la pobreza y los harapos se truecan en regios vestidos por haberlos llevado primero Jesucristo; las humillaciones son una gloria y los sufrimientos una felicidad, porque Jesucristo ha puesto en ellos la verdadera gloria y felicidad.

Mas no hay nadie fuera del Espíritu santo que nos haga comprender las virtudes y nos muestre oro puro encerrado en minas rocosas y cubiertas de barro. A falta de esta luz se paran muchos hombres a medio andar en el camino de la perfección; como no ven más que una sombra de las virtudes de Jesús, no llegan a penetrar sus secretas grandezas.

A este conocer íntimo y sobrenatural añade el Espíritu santo una aptitud especial para practicarlas. Hasta tal punto nos hace aptos, que bien pudiéramos creernos nacidos para ellas. Nos resultan connaturales, pues nos da el instinto de las mismas. Cada alma recibe una aptitud conforme a su vocación. En cuanto a nosotros, adoradores, el Espíritu santo nos hace adorar en espíritu y en verdad. Ora en nosotros y nosotros oramos a una con El; es, por encima de todo, el maestro de la adoración. El dió a los apóstoles la fuerza y el espíritu de la oración: *Spiritus gratiae et precum* (1). Unámonos, pues, con El. Desde Pentecostés ciérnese sobre la Iglesia y habita en cada uno de nosotros para enseñarnos a orar, para formarnos según el dechado que es Jesucristo y hacernos en todo semejantes a El, con objeto de que así podamos estar un día unidos con El sin velos en la gloria.

(1) Zach., XII, 10.

LA VIDA DEL VERDADERO SERVIDOR

Servus tuus sum ego: da mihi intellectum ut discam justificationes tuas.

"Siervo vuestro soy, Señor; abrid mi inteligencia a vuestros preceptos.

Ps., cxviii, 125.)

I

ME amó nuestro Señor y se entregó a mí. Debo, en justicia, ser para El; pero no como quiera, sino a la manera como El lo es para su Padre, pues para ser nuestro modelo, comunicarnos sus virtudes y hacernos vivir de la misma vida se encarnó El, vivió a nuestra vista y ahora se nos viene por la Comunión.

Pues bien: el Padre ha dado a Jesús el título de servidor: *Justificavit ipse justus servus meus multos* (1), mi servidor será para muchos fuente de justificación. En los salmos, hablando David en persona de nuestro Señor, dice a Dios: Yo soy vuestro siervo y el hijo de vuestra sierva. *Servus tuus sum ego* (2).

¿Qué hace un buen servidor? Tres cosas:

- 1.º Está siempre cabe su señor y a su disposición.
- 2.º Obedece pronta y afectuosamente todas sus órdenes.
- 3.º No trabaja sino por la gloria de su señor.

Nuestro Señor llevó durante su vida a su más alta perfección estas tres cualidades de un buen servidor.

II

Estaba siempre muy cerca del Padre, con el Padre; su espíritu contemplábase sin interrupción, adorando su verdad; contemplaba su hermosura; gozando su alma de la visión beatífica no podía apartarse un punto de Dios.

Por lo que nuestro Señor en el santo evangelio se dirige a su Padre como si estuviera siempre mirándole, y ha dicho dos palabras que revelan este misterio: "*Non potest Filius*

(1) Is., LIII, 11.

(2) Ps., CXVIII, 125.

a se facere quidquam nisi quod viderit Patrem facientem (1): Nada puede hacer el Hijo del hombre que no lo haya visto antes hacer al Padre." Por tanto, miraba siempre a su Padre para pensar, decir y obrar como El.

La segunda palabra es ésta: "El mismo Padre que en mí mora hace las obras que yo hago: *Pater in me manens, ipse facil opera* (2). Había, por consiguiente, sociedad habitual en cada momento entre el Padre celestial y nuestro Señor.

También se dice en otra parte: "Jesús fué conducido por el Espíritu al desierto." Era, pues, atento y obediente a la dirección del Espíritu santo.

Cuanto a nosotros, nuestro puesto está al lado de nuestro Señor, por lo que debemos atender a las órdenes de Dios, tener los ojos fijos en El para obedecer a la primera señal: *Sicut oculi servorum in manibus dominorum suorum, ita oculi nostri ad Dominum Deum nostrum* (3).

Lo cual fué hecho por todos los santos del antiguo como del nuevo testamento. Noé anduvo con Dios, *cum Deo ambulavit* (4); luego, eso es posible y aun necesario. Anda delante de mí si quieres ser perfecto, dijo Dios a Abrahán: *Ambula coram Deo et esto perfectus* (5).

Habrà quien diga: Poco costaba a nuestro Señor y a María, poco cuesta a los ángeles estar siempre en presencia de Dios, en tanto que en nosotros eso supone lucha, y es cosa ardua. Cier to que para Jesús, su Madre y los ángeles es pura delicia estar viendo a Dios, y nada hay que los tiene a dejar esa contemplación. ¿Pero no tenemos también nosotros la gracia de Dios? Además, por el corazón se está cerca de nuestro Señor, y el corazón nada sufre cuando ama de veras, por estar con la persona amada; antes al contrario, en ello consiste su mayor felicidad. Hay que llegar, pese a las dificultades, a morar habitualmente con Jesucristo.

III

No hacía nuestro Señor, sino reproducir las acciones que el Padre le señalaba y le mostraba, cumpliendo en todo su voluntad; no era, en suma, más que el eco del pensamiento

(1) Joann., V, 19.

(2) Id., XIV, 10.

(3) Ps., CXXII, 2.

(4) Gen., VI, 9.

(5) Ibíd., XVI, 1.

del Padre, la reproducción sensible y humana del pensamiento, de la palabra y del acto divino del Padre.

En cuanto a mí tengo que reproducir a nuestro Señor, obedecerle, hacer lo que quiere en este momento, en el ejercicio de tal o cual virtud; tengo que estar en condiciones de obedecerle interiormente y aun por actos exteriores si me lo pide; de inspirarme en su pensamiento y en su deseo; a todo lo cual he de prestarme con fidelidad y amor.

Mas no perdamos de vista que nuestro Señor quiere obrar, sobre todo, en nuestra alma, mucho más que en las obras exteriores; obrar en nosotros y sobre nosotros: *Pater in me manens ipse facit opera* (1).

IV

Jesucristo no trabaja más que para la gloria de su Padre y rehusa cualquier alabanza u honor que se le tribute como a hombre: "*Quid me dicis bonum?*" (2). ¿Por qué me llamas bueno? *Non quaero gloriam meam* (3): no ando en pos de mi propia gloria."

Lo que el buen servidor pretende es el bien de su señor, son sus intereses mucho más que los propios, y en esto consiste la delicadeza del servicio. Por tanto, no he de buscar más que los intereses de nuestro Señor, mi amo; no debo trabajar más que para hacer fructificar su gracia y sus dones para mayor gloria suya.

V

Esta vida, del todo interior y concentrada en sí, que no hace ni dice cosa a que Dios no mueva, puede parecer inútil. ¿Quién no admirará, no obstante, a nuestro Señor llevando en Nazaret una vida inútil para el mundo y oculta a los hombres y sencilla en sí misma? Prefiérela el Padre a toda otra vida. ¡Prefiere ver a su divino Hijo y salvador nuestro glorificándole y santificándonos, oculto, sin más testigo que su propia persona, trabajando en su pobre estado, en cosas de tan escaso valor! Así es como nos prefiere también a nosotros.

Ello es debido a que esta vida oculta es enteramente para

(1) Joann., XIV, 10.

(2) Luc., XVIII, 19.

(3) Joann., VIII, 50.

Dios, por el sacrificio que de sí mismo hace uno, y glorifica más a Dios que si nos consagráramos a cualesquiera otras obras. Es el reino de Dios en nosotros y la muerte y el sepulcro del amor propio.

Es una gracia insigne la que nos comunica nuestro Señor para morar a solas con El sin ocuparnos de otra cosa que de El, pues nos llama a trabajar en secreto en su aposento, nos hace confidentes suyos; recibimos directamente sus órdenes; quiere que repitamos sus palabras, que no hagamos más que las acciones que interiormente nos muestra, que no ejecutemos otros planes que los que trae El; quiere que seamos *El* repetido, el cuerpo de su alma, la libre expresión de su deseo, la ejecución humana de sus divinos pensamientos hecha divina y de un valor casi infinito gracias a la unión con sus méritos.

VI

Para llegar a esta altura menester es trabajar primero en mi interior, sobre mí mismo; *Pater in me manens*; tengo que residir en mí. Mas para morar en mí con fruto, tengo que morar en Jesucristo, que está en mí. Y nuestro Señor estará en mí en la misma medida que yo esté en El, pues se trata de algo recíproco. Este morar en nuestro Señor se verifica por la donación y el homenaje de sí mismo, ejecutado con actos de virtud que reclama el momento presente, fortalecido y sostenido con el amor activo, que más que gozar quiere sacrificarse, inmolarse a la voluntad de nuestro Señor.

¡Ay! Mucho tiempo ha quizá que nuestro Señor nos llama a esta vida oculta en El, y nosotros vamos siempre huyendo afuera, imaginando groseramente que sólo el moverse, el trabajar y el consagrarse a obras exteriores vale mucho. En el fondo lo que hay es que no se quiere estar siempre en una casa en que habitan miseria, dolores y enfermedades; se sale a impulsos del hastío o atraído por un amor extraño; o tal vez es el gas de la vanidad el que busca una salida.

¡Oh Dios mío, vivid, reinad y mandad en mí! *In me vive, regna et impera!* Oiré lo que me decís dentro de mí: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus*; y fielmente os acompañaré en mi corazón.

EL RECOGIMIENTO, CAMINO DE LAS OBRAS DIVINAS

*Ecce enim regnum Dei intra
vos est.*

“El reino de Dios está dentro
de vosotros”.

(LUC., XVII, 21).

I

AL crear al hombre, Dios se reservó para sí el ser rey de su alma y el recibir su homenaje, así como también el ser su fin y su gloria.

Debía Dios perfeccionar, en el hombre, con nuevas gracias su imagen y semejanza, trabajando de acuerdo con él.

Pero vino el pecado a derribarlo todo. Ya no quiere el hombre permanecer en sí mismo con Dios, sino que se ha hecho del todo exterior y esclavo de los objetos exteriores.

Para hacer que vuelva a su interior, Dios le coge por los ojos en su Encarnación. Después, tras mostrarse bueno y poderoso, hacerse amar de él y dejarse tocar de sus manos, Jesucristo se oculta y se esconde en nuestro interior por la Eucaristía y la gracia santificante, de suerte que desde nosotros mismos nos habla, da consejos, nos consuela y nos santifica. En nuestro interior quiere establecer su reino para así obligarnos a morar consigo en nosotros, haciendo lo que la santísima Virgen en la encarnación, que vivía del todo atenta al divino fruto que llevaba en sus entrañas.

Cuando somos fieles a su gracia, nos consuela, nos da paz y nos hace gustar la dulzura de estas palabras: “¡Qué bien se está, Señor, con Vos!”

El deseo que nuestro Señor tiene de que volvamos a nuestro interior nos hace comprender mejor las siguientes palabras: “Pecadores, volved a vuestro corazón: *Redite ad cor*” (1). Hijo, dame tu corazón: *Praebe, Fili, cor tuum mihi* (2). Amarás al señor tu Dios de todo tu corazón: “*Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*” (3). El corazón es la vida, y donde está el tesoro, allí está también el corazón.”

(1) Is., XLVI, 8.

(2) Prov., XXIII, 26.

(3) Matth., XXII, 37.

II

Cuando Dios quiere santificar a un alma, la separa del mundo mediante pruebas y persecuciones: o bien con una gracia especial, dándole horror del mundo y amor de la soledad, del silencio, de la oración. El mayor don que Dios concede a un alma es el de la oración, porque se ve como obligada a aislarse, a recogerse, a espiritualizarse, y para llegar a este resultado, a mortificarse; y cuando ocurre que el alma no lo quiere suficientemente, Dios le envía flaquezas, enfermedades, penas interiores que la desapeguen y purifiquen de sí misma, bien así como las tempestades purifican la atmósfera.

III

“Morad en mí y yo moraré en vosotros. Así como la rama no puede producir fruto si no está unida al tronco, así tampoco vosotros podréis nada, si no permanecéis unidos conmigo” (1). Por tanto, nuestra unión con Jesucristo debe ser tan extrema como la de la rama con el tronco y la raíz: debe ser una unión de vida.

Como esta divina savia de la verdadera viña es poderosísima y muy fecunda, conforme a esta palabra: “El que mora en mí produce mucho fruto” (2), síguese que si estamos unidos a Jesucristo, no ya tan sólo por la gracia y la fidelidad a la misma, sino también por la unión a sus palabras, que son espíritu y vida, seremos todopoderosos para el bien. “Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid cuanto quisieréis, que se os concederá todo” (3).

Finalmente, la unión de amor práctico, que únicamente se ocupa de complacer a Dios, embelesa a la santísima Trinidad: “Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada” (4).

El Salvador no pidió en la última oración más que esta unión consigo: “Les he dado, oh Padre, la luz que he recibido de vos para que sean una misma cosa, así como lo somos nosotros. More yo en ellos y vos en mí para que sean

(1) Joann., XV, 4.

(2) Joann., 5.

(3) Ibid., 7.

(4) Joann., XIV, 23.

consumados en la unidad, y para que sepa el mundo que vos me habéis enviado y que los habéis amado como me habéis amado a mí mismo" (1).

San Pablo nos predica, lo mismo que su maestro, la unidad: "Sois el cuerpo de Jesucristo (2); vosotros sois sus miembros y El la cabeza y el alma de este cuerpo místico" (3). Vive en nosotros y nos hace vivir.

Comulgamos con el cuerpo y la sangre de Jesucristo para más estrechamente unirnos a su alma, espíritu, operaciones interiores, virtudes y merecimientos; en una palabra, a su vida divina.

Tal es la unión de sociedad en que Jesús lo hace todo en nosotros, porque nosotros sacrificamos nuestra personalidad a la suya, para que ésta piense y obre en nosotros, para que llegue a ser nuestro *yo*. La Eucaristía fué instituída sobre todo, por no decir únicamente, para ayudarnos a practicar y mantener esta unión admirable; por eso es el Sacramento de la unión con Dios.

IV

Es indudable que sin esta íntima unión con nuestro Señor, en vano tomaría yo buenas resoluciones, en vano me conocería bien a mí mismo así como a Dios, pues todo sería poco eficaz, por lo mismo que, no obrando en unión con Jesús y no pensando en El, me dejaría cautivar por actos exteriores o arrastrar por mis gustos personales.

Hace falta, por consiguiente, unión actual, viva, de todos los instantes; hace falta que el ojo de mi alma esté abierto para ver a Jesús en mí. ¿Cómo llegar a ello? Pues es cosa muy sencilla. ¡Se llega por la misma unión! ¿A qué correr tanto tras los medios? ¿Para qué tantas resoluciones e inquisiciones espirituales? Todo eso no sirve más que para divertir al espíritu. Hay que ponerse en nuestro Señor sin examinar el modo cómo nos ponemos; entregarse a la divina voluntad del momento cumpliéndola según su deseo y estar del todo a su disposición por amor, por complacer a nuestro Señor; ser enteramente para Dios por la gracia y la virtud del momento presente; tal es el secreto del *manete in me*, permaneced en mí.

Cuando se hospeda uno en casa de alguno superior, se le

(1) Id., XVII. 22 23.

(2) Eph., V, 80.

(3) Cor., XII, 12, 27.

honra; cuando en casa de un soberano, se le obedece; en casa de un amigo, se trata de complacerle. Al hospedarnos en Jesucristo nuestro señor, se hace todo eso juntamente.

V

Mas ¿cómo conseguir esta unión? Pues pensando, queriendo pensar en ella, dirigiendo la intención, ofreciendo y volviendo a ofrecer el acto y examinando, después de puesto, las faltas que hubiesen podido deslizarse durante su ejecución.

Para eso es preciso pensar en Dios, y el medio mecánico de la unión es la presencia habitual de Dios. Este es el medio de tener el espíritu embargado ante Dios y en consejo con El; de retener el corazón en la bondad de su amor, a su disposición la voluntad y respetuoso y sumiso el cuerpo.

Esto es cosa que produce, naturalmente, la presencia de un hombre grave, sabio y amado. Efecto de la presencia de Dios amado y reverenciado debe ser también el sostenernos en este estado por la dulce unión de su gracia.

Sin la presencia de Dios la vanidad arrastra al espíritu que se disipa y divaga por todas partes como la mosca y la mariposa. Sin ella el corazón anda en pos de consuelos piadosos, pero humanos; la voluntad se deja dominar por la pereza y las antipatías naturales.

Nos es necesaria mayormente contra la irritación que engendra el combate de las virtudes y de las antipatías. Imposible estar siempre en campo de batalla; es necesario descansar en Dios.

El hábito de la presencia de Dios se logra gradualmente, comenzando por lo más fácil, como la ofrenda de las acciones, algunas sentencias fáciles a menudo repetidas, aspiraciones, dardos de amor. Cierta mecanismo resulta necesario: a una señal, a tal o cual momento fijado, en determinados lugares, recogerse y mirar a Dios en sí. Mas, para que todo no se escape como humo, hay que establecer una sanción exterior y corporal contra las faltas.

Uniéndonos de esta manera con Dios, le damos toda nuestra vida; le damos todo cuanto somos.

¿Qué mayor gracia podemos desear y qué virtud nos resultaría más ventajosa y más gloriosa para Dios? Es el *egredere*, el salir de ti mismo y el fluir de todo nuestro ser a nuestro señor Jesucristo.

EL RECOGIMIENTO, LEY DE LA SANTIDAD

*Viam justificationum tuarum
instrue me.*

"Enseñadme, Dios mío, el camino de la santidad."

(Ps., cxvii, 27).

LA ley de la santidad radica en el recogimiento. Cuando Dios llama a sí un alma para hacerla salir del pecado, procura que se recoja en su conciencia; también se vale del recogimiento para introducirnos en una virtud más elevada; el recogimiento es, por último, el medio que emplea para unirse con el alma en la vida de amor. De suerte que así para los penitentes como para los proficientes y los que se acercan al término, la ley de la santidad es el recogimiento.

I

Degradado, envilecido y corrompido el hombre en su naturaleza por el pecado original, tiene vergüenza de encontrarse a solas consigo mismo. Pensar en Dios le resulta difícil; le gusta vivir entre las locuras de su imaginación que le entretiene y engaña casi en toda la vida; se queda con la vanidad y la curiosidad de su entendimiento; su corazón anda en busca de alguna simpatía en las criaturas para gozar con ellas de la vida. Pronto acaba haciéndose esclavo de una idea fija, de un deseo que le agita, de una pasión que le devora, de un vicio que le consume; en el fondo de todos sus actos está la sensualidad. Si trabaja, estudia o se abnega, es pura y simplemente para gozar hoy, o para prepararse los placeres de mañana.

Tal es el hombre terrestre que pasa la mayor parte de su existencia sin pensar siquiera en Dios, su creador, salvador y juez. ¡Son muchos los hombres que no han sabido hallar tiempo de pensar en Dios!

¿Cómo se valdrá Dios, en su infinita misericordia, para crear nuevamente a este hombre material y vicioso?

Le trocará en hombre espiritual e interior, le forzará a entrar dentro de sí mismo, ya hiriéndole con enfermedad que

le aisle o con una desgracia que le muestre la vanidad de las cosas del mundo, ya sirviéndose de la infidelidad o de la iniquidad de los hombres que le hagan ver lo que ellos pueden hacer para su felicidad.

Cuando un pecador siente sus propias miserias, que le contristan y le abaten, Dios le llama como en otro tiempo a Adán caído; le llama a su conciencia que le hace sentir el aguijón del remordimiento; muéstrale la causa de su desdicha, le inspira el pensamiento de un Dios bueno, misericordioso, a quien amó en su juventud; de un Dios Salvador, dispuesto a recibir con bondad al pecador arrepentido. Nada más que el pensar en esto hace ya bien a su alma; enternécese y queda sorprendido hasta el punto de derramar dulces lágrimas. Su corazón, hasta el presente duro, se ablanda, parecele oír una voz que le dice desde lo alto: Ven a mí, yo te aliviaré y te perdonaré, y tú volverás a disfrutar de paz. Feliz el pecador que se rinde a esta voz interior, pues volvió a encontrar a su alma y a su Dios.

Toda conversión es, por tanto, fruto de una gracia interior, o sea del recogimiento del hombre en su conciencia, en la penitencia de su corazón, en la bondad de Dios.

Esa impresión de vaguedad y de vacío, esa tristeza que le aflige en medio de sus extravíos, es ya la voz de Dios, que dice al pecador como en otro tiempo a Israel: ¡Desgraciado del hombre que encuentra su placer en el mal, que descansa en el pecado, que se complace en los goces que le procuran las pasiones satisfechas!

¡Ay! ¡Cuán lejos está de Dios y de sí mismo! La fiebre del vicio le da una vida artificial; es un loco que se tiene por sabio, rico y feliz, siendo así que no es más que un ignorante, desnudo y desdichado.

II

Cuando Dios quiere otorgar a un alma una gracia muy grande y conducirla a una elevada virtud, concédele la gracia de un mayor recogimiento. Es ésta una verdad incontestable, pero poco conocida y menos apreciada de las personas piadosas, que demasiado a menudo hacen consistir los progresos de la santidad en actos exteriores de la vida cristiana o en gozar más de Dios.

Es con todo cierto que una gracia de recogimiento nos aproxima más a Dios, nos alcanza más luz y calor, porque así

estamos más cerca de este foco divino. He ahí por qué se comprenden mejor ciertas verdades, cuando el recogimiento es más profundo. Se penetran con la luz del mismo Dios. Siéntese entonces una paz desconocida, una fuerza que nos sorprende; siente uno que está con Dios.

Como se está más lleno en la presencia de Dios, óyense estas dulces palabras que con la voz secreta, baja y misteriosa del amor, sólo dice a los que como san Juan descansan sobre su corazón: “Escucha, alma recogida, y mira, inclina tu oído a mi voz; olvida tu pueblo y la casa de tu padre, pues has de ser objeto del amor del rey: *Audi, filia, et vide, inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domum patris tui et concupiscet Rex decorem tuum*” (1).

Síguese de este principio que lo que constituye el valor y el precio de una gracia es la unción interior que nos recoge en Dios; síguese asimismo que una sola gracia interior vale más que mil exteriores, que nuestras virtudes y nuestra piedad carecen de vida sin el recogimiento que las anime y las una a Dios.

En la vida natural, el hombre más hábil y más poderoso no es el más robusto ni el más ardiente en el trabajo, sino el que piensa hondo y reflexiona, el sufrido, el que sabe examinar un asunto desde todos sus aspectos, apreciando lo que vale cada uno de ellos; el que prevé los obstáculos y combina los medios. Un hombre así es un maestro; nadie le superará, a no ser un rival que tenga las mismas cualidades en grado superior.

En el mundo espiritual, el cristiano más esclarecido en las cosas de Dios es el que más se recoge y más desprendido se encuentra de los sentidos, de la materia y del mundo. Sus ojos son más puros, y, atravesando las nieblas de la atmósfera natural, penetran hasta la luz de Dios. Su oración reviste mayor fuego que la de ningún otro, porque la hace en Dios, y su palabra es la más eficaz, porque, como Jesucristo, no hace más que repetir la de Dios. Es el más poderoso en obras sencillas e inútiles en apariencia, pero tan eficaces en realidad que convierten y salvan al mundo. En el monte, Moisés solo, pero recogido en Dios, era más fuerte que todo el ejército de Israel.

Por eso la vida adoradora, la vida contemplativa, es de suyo más perfecta que otra cualquiera, más consagrada a obras y más laboriosa: ahí están para decírnoslo los treinta años

(1) Ps., XLIV, 11, 12.

pasados por Jesús en Nazaret y su vida de anonadamiento en la Eucaristía, que se perpetúa a través de los siglos. No cabe dudar que si hubiera un estado más santo y glorioso para Dios, Jesucristo lo habría escogido.

III

También la perfección de la vida cristiana en el mundo consiste en una unión más íntima del alma con Dios. Es realmente de maravilla cómo Dios hace perfecta y se empeña en embellecer al alma que se le da enteramente recogién-dose.

A semejanza de un esposo receloso que quiere gozar solo de su esposa, comienza por aislarla del mundo, para más cabalmente poseerla. Dios hace a esta alma inhábil, incapaz y casi estúpida para las cosas del mundo, en las que nada comprende. ¡Ah! Es que Dios quiere librarla de la servidumbre del éxito mundano.

Después le cambia la oración. La vocal la cansa; no encuentra en ella la unción y el gusto divino de antes; ora vocalmente por deber y no por gusto. También los libros la cansan: no encuentra en ellos alimento bastante para su corazón, o no los comprende, porque no expresan su pensamiento. En cambio, se siente suave, pero fuertemente atraída a una oración interior, silenciosa, tranquila y llena de paz junto a Dios; en ella se alimenta divinamente. No se da cuenta, en este estado, de su propia operación, ni siente sino la de Dios. Ya no anda en busca de tal o cual medio, pues ya está en el fin, en Dios. Hasta totalmente llega a perderse de vista: está más en Dios que en sí misma; queda dominada por los hechizos y por la hermosura de su verdad, por la bondad de su amor.

¡Oh! ¡Feliz el momento en que así nos atrae Dios hacia sí! Y mucho más a menudo lo hiciera, si estuviéramos más despejados de los afectos desordenados y fuéramos más puros en nuestros actos y más sencillos en nuestro amor. No desea Dios otra cosa sino comunicársenos; pero quiere ser el Rey de nuestro corazón y el amo de nuestra vida; quiere serlo todo en nosotros.

EL RECOGIMIENTO, ALMA DE LA VIDA DE ADORACION

Maria sedens secus pedes Domini audiebat verbum illius.

Unum est necessarium (ait Dominus): Maria optimam partem elegit.

“Sentada María a los pies del Señor escuchaba su palabra.

Una sola cosa es necesaria, dice el Señor: María ha escogido la mejor parte”.

(Luc., x, 39, 42).

I

LA virtud característica y dominante de un adorador debe ser la de recogimiento, por la que, bajo la mirada de Dios y movido de la gracia, domina y dirige sus sentidos y su alma.

El alma recogida seméjase al piloto que con un pequeño timón dirige como quiere todo un gran buque; seméjase al espejo de un agua tranquila y pura, donde Dios se ve con delicias, o también al espejo de plata donde Dios se fotografía en alguna manera con el resplandor de su gloria, que tan bien refleja un alma recogida a sus pies.

¡Cuán venturosa es esta alma amada! No pierde ni una palabra de Dios, ni un aliento de su voz, ni una mirada de sus ojos.

Trabajad, por tanto, para adquirir este precioso estado, sin el que vuestros trabajos y virtudes serán como un árbol sin raíces o como una tierra sin agua. Cada estado de vida tiene su medida y sus condiciones de felicidad. Uno la encuentra en la penitencia, otro en el silencio, otro en el celo. En lo que atañe a los adoradores, sólo pueden sentirse felices en el santo recogimiento de Dios, del mismo modo que el niño no se siente dichoso más que en el regazo de su madre y el escogido sólo lo es en la gloria.

II

¿Cómo adquirir y conservar el santo recogimiento? Comenzad por cerrar las puertas y las ventanas de vuestra alma; recogerse no es sino reconcentrarse de fuera a dentro en

Dios; hacer acto de recogimiento es ponerse por entero a la disposición de Dios; tener el espíritu de recogimiento es vivir recogido con gusto.

No sólo es necesario para el recogimiento vivir de la gracia, sino que también requiere un centro divino. El hombre no ha nacido para quedarse en el bien que hace, lo cual sería rendir un culto de idolatría a sus obras; tampoco deben ser las virtudes el fin principal, pues sólo son un camino que se sigue, pero no para quedarse en él. Ni el mismo amor puede ser centro, a no ser en cuanto une con el objeto amado; de lo contrario, languidece y sufre, como la esposa de los Cantares, que busca desolada al Amado de su corazón. Donde debéis colocar el centro de vuestra vida de recogimiento es en Jesús, en Jesús del todo bueno y amable, porque sólo en El hallaréis libertad sin trabas, verdad sin nubes, santidad en su propio manantial. A vosotros, que vivís de la Eucaristía, dijo Jesucristo: "El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora y yo en él." Es de notar que Jesús mora en nosotros en proporción de lo que nosotros permanecemos en El; con ser El quien nos atrae a esta unión, nos la hace desear y nos cautiva, contentándose, en lo que a nosotros nos corresponde, con que le ayudemos con nuestras escasas fuerzas. He ahí el poder y la fuerza de este santo recogimiento: es un morar recíproco, una sociedad divina y humana que se establece en nuestra alma, en nuestro interior, con Jesucristo presente en nosotros por su Espíritu.

III

Porque, ¿cuál es el lugar en que se verifica la unión de Jesús con nosotros? En nosotros mismos es donde se realiza esta mística alianza. La unión se hace y se ejercita en Jesús presente en mí. Nada más cierto: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará y vendremos a él y en él haremos nuestra morada" (1). Y el espíritu de Jesús habita en nosotros como en un templo y nos ha sido dado para permanecer siempre con nosotros. Por lo cual dice la *Imitación*: "*Eia anima fidelis, praepara huic sponso cor tuum quatenus ad te venire et in te habitare dignetur*: Ea, alma fiel, prepara tu corazón para que este esposo se digne venir y establecer en ti su morada" (2).

(1) Joann., XIV, 23

(2) L. II, c. 1, núm. 2.

¿Por qué habrá Nuestro Señor escogido el interior del hombre como centro de su unión con él?

Porque así forzado se verá el santo a entrar dentro de sí. Huía de sí mismo como se huye de un criminal, como se teme una cárcel. Tiene vergüenza y horror de sí mismo y ésta es la razón por que se apega tanto a lo exterior. Pero este huír lejos del corazón hace que Dios se vea abandonado de la criatura, hecha para ser templo y trono de su amor. Como en estas condiciones no puede trabajar en el hombre ni con el hombre, para obligarle a que vuelva dentro de su alma, viene a él; se nos viene sacramentalmente para espiritualmente vivir en nosotros; el sacramento es la envoltura que le encierra; rómpese ésta y nos da la santísima Trinidad así como el éter encerrado en un glóbulo se difunde en el estómago, una vez deshecha la envoltura bajo la acción del calor natural. Quiere, pues, Jesucristo hacer del interior del hombre un templo, con objeto de que éste no tenga que hacer largo viaje para ir a su Señor, sino que le encuentre fácilmente y a su disposición como a su dueño, modelo y gracia; para que con sólo recogerse así dentro de sí mismo en Jesús, pueda en cualquier instante ofrecerle el homenaje de sus actos, el sentimiento de amor de su corazón, y mirarle con esa mirada que todo lo dice y da. Las siguientes palabras de la *Imitación* expresan perfectamente esta vida de recogimiento interior: "*Frequens illi visitatio, cum homine interno dulcis sermocinatio, grata consolatio, multa pax, familiaritas stupenda nimis* (1): Jesús visita a menudo al hombre interior; háblale frecuentemente; amorosamente le consuela y departe con él con una familiaridad inconcebible."

¿Es posible que así ande Dios en pos de un alma y así se ponga a su disposición, que more en cuerpo tan vil y en alma tan terrenal, miserable e ingrata? ¡Y, sin embargo, es sumamente cierto!

IV

Mas ¿cómo alimentar y perfeccionar el santo recogimiento? ¿Cómo vivir de amor? Pues de la misma manera que se conserva el fuego, la vida del cuerpo o la luz: dando siempre nuevo alimento.

Hemos de fortalecer al hombre interior, que es Jesucristo, en nosotros, concebirlo, hacerle nacer y crecer por todas las

(1) L. II, c. 1, núm. 1.

acciones, lecturas, trabajos, oraciones y demás actos de la vida; mas para ello es preciso renunciar del todo a la personalidad de Adán, a sus miras y deseos, y vivir bajo la dependencia de Jesús presente en nuestro interior. Es preciso que el ojo de nuestro amor esté siempre abierto para ver a Dios en nosotros; que ofrezcamos a Jesús el homenaje de cada placer y de cada sufrimiento, que experimentemos en nuestro corazón el dulce sentimiento de su presencia como la de un amigo que no se ve, pero se siente como cercano. Contentaos de ordinario con estos medios; son los más sencillos; os dejan libertad de acción y de atención a vuestros deberes y os formarán como una suave atmósfera en que viviréis y trabajaréis con Dios; que la frecuencia de actos de amor, de oraciones jaculatorias, de gritos de vuestro corazón hacia Dios presente en él, acabe de haceros como del todo natural el pensamiento y el sentimiento de su presencia.

V

Pero ¿de dónde proviene que el recogimiento sea tan difícil de adquirirse y tan costoso de conservarse? Un acto de unión es muy fácil, pero muy difícil una vida continua de unión. ¡Ay! Nuestro espíritu tiene muchas veces fiebre y desvaría; nuestra imaginación se nos escapa, nos divierte y nos extravía; uno no está consigo mismo; los trabajos de la mente y del cuerpo nos reducen a un estado de esclavitud; la vida exterior nos arrastra; ¡nos dejamos impresionar tan fácilmente en la menor ocasión! ¡Y quedamos derrotados! Esa es la razón de que nos cueste tanto concentrarnos en torno de Dios.

Para asegurar, pues, la paz de vuestro recogimiento, habéis de alimentar vuestro espíritu con una verdad que le guste, que desee conocer, ocupándole como se ocupa a un escolar; dad a vuestra imaginación un alimento santo, que guarde relación con aquello que os ocupa, y la fijaréis; pero si el simple sentimiento del corazón basta para que el espíritu y la imaginación se queden en paz, dejadlos tranquilos y no los despertéis.

A menudo nos da también Dios una gracia tan llena de unión, un recogimiento tan suave, que se desborda y derrama hasta en los sentidos: es como un encantamiento divino. Cuidado entonces con salir de esta contemplación, de esta dulce paz. Quedaos en vuestro corazón, pues sólo allí reside Dios

y hace oír su voz. Cuando sintáis que esta gracia sensible se va y desaparece poco a poco, retenedla con actos positivos de recogimiento, llamad a vuestro espíritu en vuestro socorro, alimentad vuestro pensamiento con alguna divina verdad, con objeto de comprar con la virtud de recogimiento lo que Dios comenzó por la dulzura de su gracia.

Nunca olvidéis que la medida de vuestro recogimiento será la de vuestra virtud, así como la medida de la vida de Dios en vosotros.

LA VIDA DE ORACION

*Ego cibo invisibili et potu qui
ab hominibus videri non potest,
utor.*

“Me alimento de un pan y una
bebida invisibles a los hombres”.
(TOB., XII, 19).

HAY en el hombre dos vidas: la del cuerpo y la del alma; una y otra siguen, en su orden, las mismas leyes.

La del cuerpo depende, en primer lugar, de la alimentación; cual es la comida, tal la salud; depende en segundo lugar del ejercicio que desarrolla y da fuerzas, y, por último, del descanso, donde se rehacen las fuerzas cansadas con el ejercicio. Todo exceso en una de estas leyes es, en mayor o menor grado, principio de enfermedad o de muerte.

Las leyes del alma en el orden sobrenatural son las mismas, de las cuales no debe apartarse, como tampoco el cuerpo de las suyas.

Ahora bien: la comida, el manjar del alma, así como su vida, es Dios. Acá abajo, Dios conocido, amado y servido por la fe; en el cielo, Dios visto, poseído y amado sin nubes. Siempre Dios. El alma se alimenta de Dios meditando su palabra, con la gracia, con la súplica, que es el fondo de la oración y el único medio de obtener la divina gracia.

De la misma manera que en la naturaleza cada temperamento necesita alimentación diferente según la edad, los trabajos y las fuerzas que gasta, así también cada alma necesita una dosis particular de oración. Notad que no es la virtud la que sostiene la vida divina, sino la oración, pues la virtud es un sacrificio y resta fuerzas en lugar de alimentar. En cambio, quien sabe orar según sus necesidades cumple con su ley de vida, que no es igual para todos, pues unos no necesitan de mucha oración para sostenerse en estado de gracia, en tanto que otros necesitan larga. Esta observación es absolutamente segura: es un dato de la experiencia.

Mirad un alma que se conserva bien en estado de gracia con poca oración; no tiene necesidad de más; pero no volará muy alto.

A otra, al contrario, le cuesta mucho conservarse en él con mucha oración y siente que le es necesario darse de lleno a ella. ¡Ore esa alma, que ore siempre, pues se parece a esas

naturalezas más flacas que necesitan comer con mayor frecuencia, so pena de caer enfermas!

Mas hay oraciones de estado que son obligatorias. El sacerdote tiene que rezar el oficio y el religioso sus oraciones de regla. Estas nunca es lícito omitirlas ni disminuirlas por sí mismo, de propia autoridad.

La piedad hace que uno sea religioso en medio del mundo. A estas almas la gracia de Dios pide más oraciones que las de la mañana y de la tarde. La condición esencial para conservarse en la piedad es orar más. Es imposible de otro modo.

Sabéis muy bien que hay dos clases de oración; la vocal, de la que hemos venido hablando, y la mental, que es el alma de la primera. Cuando uno no ora, cuando la intención no se ocupa en Dios al orar verbalmente, las palabras nada producen: la única virtud que tienen se la presta la intención, el corazón.

¿Será necesaria la oración mental considerada en su acepción más restringida de meditación, de oración? Es, cuando menos, muy útil, puesto que todos los santos la han practicado y recomendado; es muy útil, porque es difícil llegar sin ella a la santidad.

Esto me conduce como de la mano a decir que hay una oración de necesidad, una oración de consejo y una oración de perfección.

¡Sí; estáis estrictamente obligados, bajo pena de condenación, a orar! Abrid el evangelio y al punto veréis el precepto de la oración. Claro que no está indicada la medida, porque ésta tiene que ser proporcionada a la necesidad de cada uno. Debéis, sin embargo, orar lo bastante para manfeneros en estado de gracia, lo suficiente para estar a la altura de vuestros deberes.

Si no, os parecéis a un nadador que no mueve bastante los brazos; seguro que va a perderse. Que redoble sus esfuerzos, que si no su propio peso le arrastrará al abismo. Si os sentís demasiado apurados por las tentaciones, doblad las oraciones. Es lo que hacéis en otras cosas; cada cual se arregla según sus necesidades. ¡Oh! Es algo muy serio esto de proporcionar la oración a nuestras necesidades. ¡En ello va nuestra salvación! ¿Faltáis fácilmente a vuestros deberes de estado? Es que no oráis bastante. ¡Pero si os condenáis! Clamad a Dios. Moveos. La humana miseria ha disminuído vuestra marcha y acabará de echaros completamente por tierra, si no resistís fuertemente. Orad, por consiguiente, cuanto os haga falta para ser cristianos cabales.

La segunda oración es aquella con que el alma quiere unirse con Dios y entrar en su cenáculo. Aquí hace falta orar mucho, porque las obligaciones de este estado son muy estrechas. Así como en una amistad más íntima son más frecuentes las visitas y las conversaciones, así también quien quiera vivir en la intimidad con Jesús debe visitarle más a menudo y orar más. ¿Queréis seguir al Salvador? Harto mayores combates tendréis que sostener, y por lo mismo os hacen falta mayores gracias; pedidlas para alcanzarlas.

La tercera oración, o sea de perfección, es la del alma que quiere vivir de Jesús, que en todas las cosas toma por única regla de conducta la voluntad de Dios. Entra en familiaridad con nuestro Señor y ha de vivir de Dios y para Dios. Así es la vida religiosa, vida de perfección para quienes la comprenden, en la cual nos damos a Dios para que El sea nuestra ley, fin, centro y felicidad. Todo el contento de semejante alma consiste en la oración. Ni hay nada de extraño en ello; porque si corta alas a la imaginación y sujeta al entendimiento, Dios en retorno derrama en su corazón abundancia de dulces consuelos. Son raras tan bellas almas; pero las hay, sin embargo. Y ¿qué no pueden hacer en este estado? Orando convertían los santos países enteros. ¿Rezaban acaso más que ningún otro en el mundo? No siempre. Pero oraban mejor, con todas sus facultades. Sí, todo el poder de los santos estaba en su oración; ¡y vaya si era grande, Dios mío!

¿Cómo sabré en la práctica que oro lo bastante para mi estado?—Os basta la oración que hacéis, si adelantáis en la virtud. Se llega a conocer que la alimentación es suficiente, cuando se ve que se digiere fácilmente y que nos proporciona salud tenaz y robusta.

¿Os mantiene vuestra oración en la gracia de vuestro estado y os hace crecer? Señal que digierís bien. Si las alas de la oración os remontan muy alto, la alimentación es suficiente e iréis subiendo cada vez más.

Si, al contrario, vuestras oraciones vocales y vuestra meditación os hacen volar a ras de tierra y con el peligro de dejaros caer a cada momento, señal que no basta para dominar las miserias del hombre viejo. Eso prueba que oráis mal e insuficientemente. Merecéis este reproche del Salvador: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí” (1).

¿Qué sucederá? Una tremenda desdicha: ¡que nos moriremos de hambre ante la regia mesa del Salvador! Estamos ya enfermos y muy cerca de la muerte. El pan de vida ha

(1) Matth., XV.

venido a ser para nosotros alimento de muerte, y el buen vino un veneno mortal. ¿Qué queda para volvernos al estado anterior? Quitad al cuerpo el alimento, y muere. Quitad a un alma su oración, a un adorador su adoración, y se acabó: ¡cae para la eternidad!

¿Será esto posible? Sí, y aun cierto. Ni la confesión será capaz de levantaros. Porque, a la verdad, ¿para qué sirve una confesión sin contrición? Y ¿qué otra cosa que una oración más perfecta es la contrición? Tampoco os servirá la Comunión. ¿Qué puede obrar la Comunión en un cadáver, que no sabe hacer otra cosa que abrir unos ojos atontados?

Y aun caso que Dios quiera obrar un milagro de misericordia, cuanto pueda hacer se reducirá a inspiraros de nuevo afición a la oración.

El que ha perdido la vocación y abandonado la vida piadosa, comenzó por abandonar la oración. Como le arremetieron tentaciones más violentas y le atacaron con más furia los enemigos, y como, por otra parte, había arrojado las armas, no pudo por menos de ser derrotado. ¡Ojo a esto, que es de suma importancia! Por eso nos intima la Iglesia que nos guardaremos de descuidarnos en la oración, y nos exhorta a orar lo más a menudo que podamos. La oración nos guía: es nuestra vida espiritual; sin ella tropezaríamos a cada paso.

Esto supuesto, ¿sentís necesidad de orar? ¿Vais a la oración, a la adoración, como a la mesa? ¿Sí? Está muy bien. ¿Trabajáis por obrar mejor y en corregiros de vuestros defectos? Pues es muy buena señal. Eso demuestra que os sentís con fuerzas para trabajar.

Mas si, al contrario, os fastidiáis en la oración y veis con agrado que llega el momento de salir de la iglesia, ¡ah!, ¡entonces es que estáis enfermos, y os compadezco!

Dícese que, a fuerza de alimentarse bien, acaba uno por perder el gusto de las mejores cosas, que se vuelven insípidas y no nos inspiran más que asco y provocan náuseas.

He aquí lo que hemos de evitar a toda costa en el servicio de Dios y en la mesa del rey de los reyes. No nos dejemos nunca atolondrar por la costumbre, sino tengamos siempre un nuevo sentimiento que nos conmueva, nos recoja, nos caliente y nos haga orar. ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia! Siempre hay que tener apetito, excitarse a tener hambre, tomar buen cuidado para no perder el gusto espiritual. Porque, lo repito, nunca podrá Dios salvarnos sin hacernos orar.

Vigilemos, pues, sobre nuestras oraciones.

EL ESPIRITU DE ORACION

Effundam super domum David spiritum gratiae et precum.

“Derramaré sobre la casa de David el espíritu de gracia y de oración”.

(ZAC., XII, 10).

DIOS, al prometer el mesías al pueblo judío, caracteriza su misión con estas palabras: “Derramaré sobre la casa de David y sobre todos los moradores de Jerusalén el espíritu de gracia y de oración.” Aunque antes de la venida de Jesucristo se oraba y Dios daba la gracia, sin la cual nunca hubiesen podido santificarse los justos; pero esta gracia de oración no era buscada con ardor, ni debidamente estimada. Jesucristo vino como rocío de gracia que cubre toda la tierra, y derramó por doquiera el espíritu de oración.

La oración es la característica de la religión católica y la señal de la santidad de un alma y aun la santidad misma; ella hace los santos y es la primera señal de su santidad. Cuando veáis que alguno vive de oración, decid: veo un santo.

Siente san Pablo el llamamiento de Dios, y al punto se pone en oración. ¿Qué hace en Damasco durante tres días? Ora. Es enviado Ananías por el Señor para bautizarle. Iba a resistir un instante a la orden de Dios, temiendo al perseguidor de los cristianos, cuando “vete, le dice el Señor, pues le encontrarás en oración: *Ecce enim orat*”. Ya es un santo, puesto que ora. No dice el Señor: Se mortifica o ayuna, sino ora. Quienquiera ore, llegará a hacerse santo.

La oración es luz y poder; es la acción misma de Dios, de cuyo poder dispone el que ora.

Nunca veréis que se hace santo uno que no ora. No os dejéis engañar por hermosas palabras o por apariencias, que también el demonio puede mucho y es muy sabio: a lo mejor se cambia en ángel de luz. No os fiéis de la ciencia, que no es ella la que hace santo. El conocimiento sólo de la verdad es ineficaz para santificar; es menester que se le junte el amor. Pero ¡qué digo! ¡Si entre ver la verdad y la santidad media un abismo! ¡Cuántos genios se han condenado!

Voy aún más lejos, y digo que las buenas obras de celo

no santifican tampoco por sí solas. No es éste el carácter que Dios ha dado a la santidad. Aunque los fariseos observaban la ley, hacían limosna y consagraban los diezmos al Señor, el Salvador los llama “sepulcros blanqueados”. El evangelio nos muestra que la prudencia, la templanza y la abnegación pueden juntarse con una conciencia viciosa; así lo atestiguan los fariseos, cuyas obras no oraban nunca, por más que trabajaran mucho.

Las buenas obras exteriores no constituyen, por consiguiente, la santidad de un alma, así como tampoco la penitencia y la mortificación. ¡Qué hipocresía y orgullo no encubren a veces un hábito pobre y una cara extenuada por las privaciones!

Si, al contrario, un alma ora, posee un carácter que nunca engaña. Cuando se ora se tienen todas las demás virtudes y se es santo. ¿Qué otra cosa es la oración sino la santidad practicada? En ella encuentran ejercicio todas las demás virtudes, como la humildad, que hace que confeséis ante Dios que os falta todo, que nada poseéis; que os hace confesar vuestros pecados; levantar los ojos a Dios y proclamar que sólo El es santo y bueno.

En la oración se ejercitan también la fe, la esperanza y la caridad. ¿Qué más? Orando ejercitamos todas las virtudes morales y evangélicas.

Cuando oramos hacemos penitencia, nos mortificamos; la imaginación queda sojuzgada, se clava la voluntad, encadenase el corazón, se practica la humildad. La oración es la mismísima santidad, pues que encierra el ejercicio de todas las demás virtudes.

Hay quienes dicen: ¡Si la oración no es más que pereza! ¿Sí? Vengan los mayores trabajadores, los que se dan febrilmente a las obras, que pronto sentirán harto mayor dificultad en orar que en entregarse a sacrificarse por cualesquiera obras de celo. ¡Ah! ¡Es más dulce, más consolador para la naturaleza y más fácil el dar que el pedir a Dios!

Sí; la oración por sí sola vale por todas las virtudes, y sin ella nada hay que valga ni dure. La misma caridad se seca como planta sin raíz cuando falta la oración que la fecunda y la refresque.

Porque en el plan divino la oración no es otra cosa que la misma gracia. ¿No habéis parado mientes en que las tentaciones más violentas son las que se desencadenan contra la oración? Tanto teme el demonio o la oración que nos dejaría hacer todas las buenas obras posibles, limitando su acti-

vidad a impedir que oremos o a viciar nuestra oración. Por lo que debemos estar de continuo sobre aviso, alimentar incesantemente de oración nuestro espíritu, hacer de la oración el primero de nuestros deberes. No se dice en el evangelio que haya de preferirse la salvación del prójimo a la propia, sino todo lo contrario: “¿Qué servirá al hombre convertir al universo mundo, si perdiera su alma?” (1). La primera ley es salvarse a sí mismo y no se salva sino orando. Es ésta, ¡ay!, una ley que se viola todos los días. Fácilmente se descuida uno por favorecer a los otros y se entrega a las obras de caridad. Claro, la caridad es fácil y consoladora, nos eleva y honra, en tanto que la oración... huímos de ella por ser perezosos. No nos atrevemos a entregarnos a esta práctica de la oración, porque es cosa que no mete ruido y resulta humillante para la naturaleza.

Si para vivir naturalmente hace falta alimentarse, la condición ineludible para vivir sobrenaturalmente es orar. Nunca abandonéis la oración, aun cuando fuera preciso abandonar para ello la penitencia, las obras de celo y hasta la misma Comunión. La oración es propia de todos los estados y todos los santifica.—¡Cómo! ¿Dejar la Comunión, que nos da a Jesús, antes que la oración?—Sí; porque sin la oración ese Jesús que recibís es como un remedio cuya envoltura os impide recibir sus saludables efectos. Nada grande se hace por Jesucristo sin la oración; la oración os reviste de sus virtudes, y si no oráis, ni los santos ni el mismísimo Dios os harán adelantar un paso en el camino de la perfección.

Hasta tal punto es la oración ley de la santidad, que cuando Dios quiere elevar a un alma no aumenta sus virtudes, sino su espíritu de oración, o sea su potencialidad. La aproxima más a sí mismo, y en eso está todo el secreto de la santidad. Consultad vuestra propia experiencia. Cuantas veces os habéis sentido inclinados hacia Dios, otras tantas habéis recurrido a la oración y al retiro. Y los santos, que sabían la importancia de la oración, la estimaban más que todo lo demás; suspiraban de continuo por el momento en que quedasen libres para darse a la oración, la cual les atraía como el imán al hierro. Por eso su recompensa ha sido la oración y en el cielo están orando continuamente.

¡Ah, sí, los santos oraban siempre y dondequiera! Esta era la gracia de su santidad, y es también la de cuantos quieren santificarse. Y, lo que vale más, sabían hacer orar a

(1) Matth; XVI, 26.

cuanto les rodeaba. Escuchad a David: *Benedicite, omnia opera Domini, Domino, Omnia*, todas las cosas. David presta a todos los seres, aun inanimados, un canto de amor a Dios. ¿Qué quiere decir esto? ¡Ah, que las criaturas alaban a Dios si nosotros sabemos ser su voz; nosotros debemos alabar por ellas! Podemos animar toda la naturaleza con este divino soplo de la oración y formar con todos los seres creados un magnífico concierto de oraciones a Dios.

Oremos, por tanto, gustemos de orar, aumentemos de día en día nuestro espíritu de oración. Si no oráis, os perderéis; y si Dios os abandona, tened entendido que es porque no oráis. Os parecéis al desdichado que con estar ahogándose rehusa la cuerda que se le tiende para arrancarle a la muerte. ¿Qué hacer en este caso? ¡Está irremediablemente perdido!

¡Oh, os lo vuelvo a repetir, dejadlo todo, pero nunca la oración; ella os volverá al buen camino, por lejos que estéis de Dios, pero sólo ella!

Si os aficionáis a ella en la vida cristiana, os conducirá a la santidad y a la felicidad en este mundo y en el otro.

LA VIDA INTERIOR

Sicut ergo accepistis Jesum Christum Dominum in ipso ambulate, radicati et supraedificati in ipso...

“Ya, pues, que habéis recibido a Jesucristo por Señor, andad en El, unidos a El como a vuestra raíz y edificados sobre El como sobre vuestro fundamento”.

(COLOSS., II, 6 y 7).

I

LA vida interior es para la santidad lo que la savia para el árbol y para la savia la raíz.

Es una verdad fuera de toda duda que cual es el grado de la vida interior tal es el de la virtud y de la perfección, y que cuanto más interior es un alma, tanto más esclarecida es de luces divinas, más fuerte en el deber y más dichosa en el servicio de Dios; todo sirve para recogerla, todo le aprovecha, todo la une más íntimamente con Dios.

Puede definirse la vida interior: vida familiar del alma con Dios y con los santos, y ser interior es amar lo bastante para conversar y vivir con Jesucristo.

Vosotros, que queréis vivir de la Eucaristía, tenéis más estricta obligación de daros de lleno a la vida interior con Jesús, pues este es vuestro fin y ésta vuestra gracia. Debéis ser adoradores en espíritu y en verdad. Constituís la guardia de honor del Dios escondido que en la Eucaristía lleva vida del todo interior. Oculta su cuerpo con objeto de poneros en relación con su espíritu y corazón; su palabra es puramente interior y hasta las mismas verdades están cubiertas con un velo para que penetréis hasta su principio, que es su divino e infinito amor.

¿Qué medio tomar para llegar a este estado de vida interior, principio y perfección de la vida exterior? No hay más que un camino: el recogimiento.

Recogerse es concentrarse de fuera a dentro. Comprende tres grados: recogerse en el pensamiento del deber, en la gracia de la virtud y en el amor.

II

En el primero adquirimos conciencia del deber, de la ley de Dios.

¿Qué manda, qué prohíbe la ley? ¿Es conforme a la ley divina este mi pensamiento, deseo o acción? Una conciencia recogida se hace estas preguntas y se dirige según la constatación.

El hombre recogido en el deber pone de continuo los ojos en la conciencia para observar su simpatía o su repulsa, su afirmación o su negación, a la manera como el piloto pone los ojos en la brújula para dirigir la nave.

Recogerse en la ley es fácil, por cuanto la menor infracción va seguida de cierto malestar, turbación y protesta de la conciencia que nos grita: ¡Has obrado mal! Sólo el esclavo de sus pasiones y el voluntariamente culpable, que para huir de este reproche interior huye de sí mismo, corre y se atolondra, no oye esta voz. El demonio le empuja, le ata a una vida puramente natural, arrójale en la fiebre de los negocios, del tráfico, del cambio, de las noticias, y en semejante caso no puede oír ni a Dios ni a su conciencia.

No hay remedio contra este mal, como no sea una gracia de enfermedad, de impotencia, que clave a uno en un lecho frente a sí mismo, o la humillación y las desgracias que nos abran los ojos y nos hagan tocar con el dedo, por así decirlo, la verdad de estas palabras de la *Imitación*: "Todo se resuelve en pura vanidad, excepto el amar a Dios y a El solo servir" (1).

Vivid, pues, cuando menos pensando en la ley; recogeos en vuestra conciencia, obedeciendo a su primera palabra; no os acostumbraís a desdeñar su voz ni la obliguéis a repetir sus reproches; estad atentos a su primera señal. Llevad la ley del Señor ceñida a vuestro brazo; que esté siempre ante vuestros ojos y en vuestro corazón.

III

El segundo grado de recogimiento nos concentra en el espíritu interior de la divina gracia.

No cabe dudar que merced a nuestra calidad de hijos de Dios, el Espíritu santo se hospeda y mora en nosotros con

(1) L. I, c. 1, núm. 8.

la misión de formar al hombre nuevo, Jesucristo, inculcándonos sus virtudes, su espíritu, su vida; en una palabra, de hacer de nosotros otros Jesucristos.

Mas si el Espíritu santo es en nosotros nuestro Maestro, educador y santificador, menester es escucharle, estar a su disposición, ayudarle en su trabajo de transformación de Adán en Jesucristo; de ahí que el recogimiento en Dios presente en nuestra alma sea del todo necesario. Porque este transformarse en Jesucristo se realiza gradualmente y exige que se le sostenga con continuidad. Fácil es practicar un acto de virtud; mas para adquirir el hábito de la misma precisa un trabajo continuo de connaturalización.

Queréis, por ejemplo, haceros humildes como Jesucristo o, por mejor decir, reproducir en vosotros a Jesús humilde. Para lograrlo habéis de declarar una guerra sin cuartel al amor propio, al orgullo bajo todas sus formas, y como quiera que éste os ataca incesantemente, mantiene comunicaciones con la plaza y una parte de vosotros mismos está sobornada, debéis estar de continuo sobre aviso, vigilar todos vuestros movimientos para desbaratar sus astucias, tener siempre las armas en la mano para rechazar los asaltos.

Pero la virtud no consiste sólo en combatir el mal. Este trabajo no es más que preliminar, como para preparar el terreno; lo que Dios os pide como primera condición es una fidelidad que os libre del hábito vicioso. Mas la misma virtud no se adquiere sino por el amor y la estima que nos inspira, considerándola en nuestro Señor. La virtud no es amable sino viéndola en El y practicándola por El, y así la tenemos por una de sus cualidades hacia la que nos sentimos inclinados por cierta simpatía de amor, pues se odia lo que detesta el amigo y se ama lo que él ama. Amar la virtud en sus diversos actos es en realidad adquirirla. Este amor de la virtud viene a sernos una regla de vida; nos la hace buscar; le da nacimiento en nosotros; nos inspira una continua necesidad de la misma! por felices nos tenemos cuando damos con una ocasión de practicarla. Pero como son raras las ocasiones, mayormente extraordinarias, bien presto se apagaría en el alma el amor de la virtud si no tuviera otro alimento que los actos exteriores, por lo que el amor la hace vivir en lo hondo del alma; el espíritu contempla la hermosura y bondad que reviste en Jesucristo, mientras el corazón hace de ella un divino ser con el que conversa habitualmente. Para el alma amante y recogida, la humildad es Jesús manso y humilde de corazón, a quien ve, contempla, admira, ensalza,